

Etapa 1

Los reflejos en espejo hábitat-habitante

El primer concepto que conviene asimilar es este conocido efecto espejo que existe entre nosotros y el mundo que nos rodea. Es un principio bien conocido en psicología y ampliamente utilizado en las técnicas de desarrollo personal, pero rara vez tomamos conciencia de su magnitud en la vida cotidiana. En las armonizaciones de los lugares de vida, esta es la primera constatación que se impone: todo está interconectado y nada está separado. En este mundo del que hablamos, la «casualidad» no existe.

Imprimimos nuestro entorno con nuestro sello personal

Cuando entramos en una vivienda, percibimos de inmediato su ambiente. A través de la vista, recibimos colores y formas; nuestro oído capta los sonidos; nuestros cuerpos sensibles sienten la energía del lugar. En realidad, sin darnos cuenta y en apenas unos segundos, todo nuestro ser ya sabe a qué atenerse.

Nuestro inconsciente analiza velozmente la personalidad del espacio, que no es otra cosa que el reflejo de la personalidad de sus habitantes. Porque toda persona deja su huella en su lugar de vida. De hecho, cuando nos mudamos, ¿no es eso lo primero que hacemos? Pintar, cambiar tapicerías, reorganizar los muebles... La necesidad de impregnar el espacio con nuestra energía es casi instintiva, diríamos animal. La casa funciona entonces como su propia ropa.

Cada día, al elegir nuestra ropa, proyectamos una imagen hacia el mundo. Y esa imagen está codificada: los colores transmiten vibraciones, las formas evocan símbolos. Una falda corta no comunica lo mismo que un vestido hasta los tobillos. Una camisa abierta no proyecta la misma impresión que una corbata perfectamente ajustada. Todos estos códigos son percibidos tanto por quienes nos rodean como por el universo en su conjunto. Existimos de una determinada manera. Con la casa sucede lo mismo. El hogar es, en definitiva, una capa adicional de nosotros mismos que impregnamos, consciente o inconscientemente, con lo que somos.



Impregnamos con nuestra energía nuestro entorno,
lo queramos o no.

Las diferentes extensiones simbólicas de nuestra identidad son fáciles de reconocer: todo aquello que llamamos «mi». Ejemplos: mi cuerpo, mi ropa, mi coche, mi casa, mi empresa, mi perro, mis hijos... Cada una de estas extensiones se convierte en un espejo deformado de nuestra personalidad, ya sea consciente o inconsciente.



En las armonizaciones, el Alma del lugar suele mostrar al habitante que aquello que percibe en su casa, y que le molesta, no es más que el reflejo de su propia proyección inconsciente.

El lugar nos influye y condiciona

Del mismo modo, lo contrario también es cierto. Si bien impregnamos nuestro entorno, este nos influye de vuelta. La lluvia nos moja, el sol nos broncea. En este ámbito tendemos a sentirnos víctimas de los acontecimientos. Muchos piensan legítimamente que su malestar proviene del exterior. ¿No parece evidente que las causas llegan de fuera?

A primera vista, resulta fácil creer que nuestras desgracias se originan en el entorno. Del mismo modo, solemos culpar al cuerpo de

nuestros problemas, puesto que es él quien manifiesta los síntomas. Pero ¿de dónde proceden esas enfermedades? ¿Quién las origina? Cada vez entendemos mejor que son, en parte, nuestras partes inconscientes las que «fabrican»⁴ esos males. Hablamos entonces de causas psicoemocionales. ¿No ocurre lo mismo con nuestro hábitat?

En realidad, la cuestión de las influencias externas se plantea sobre todo cuando sentimos que no tenemos alternativa. Si mi casa está en una zona sombría, sin vistas ni sol, será difícil que me sienta bien. Pero entonces: ¿por qué elegí este lugar? ¿Qué quiere mostrarme? ¿Puedo transformarlo?

Vemos así que, de nuevo, regresamos al mismo punto: el lugar revela algo que resuena con una parte inconsciente de mí.



El entorno nos influye, pero tenemos las opciones de padecerlo o transformarlo.

De hecho, desde sus orígenes, la humanidad ha buscado modificar lo que le incomodaba. Si la lluvia nos moja, inventamos el tejado, ¿no es cierto? La cuestión de las influencias negativas externas, aquellas que aparentemente no controlamos, es apasionante, porque revela cómo ampliamos constantemente los límites que nos resultan molestos. El mundo actual nos ofrece comodidades inéditas. Nunca habíamos tenido tanta capacidad para apartar restricciones de la vida diaria. Y, sin embargo, nunca hemos vivido tan atrapados en la queja, el miedo y la victimización. Si somos sinceros con nosotros mismos, reconoceremos que esa no es una actitud verdaderamente adulta.



En las armonizaciones, el Alma del lugar procura siempre guiar al habitante hacia una mayor autonomía y responsabilidad en su universo personal.

4 **N. del T.:** Este enfoque no implica que toda enfermedad o malestar tenga una única causa inconsciente. Factores externos como genéticos, ambientales, conductuales o tóxicos, existen y actúan de manera objetiva. Sin embargo, la medicina simbólica se interesa por el sentido y el simbolismo asociados a la vivencia individual: ¿por qué, ante exposiciones similares, una persona desarrolla un síntoma y otra no? La lectura propuesta no niega los factores externos, sino que explora la dimensión simbólica y subjetiva de la experiencia.

Los espejos son infinitos

La experiencia nos mostró rápidamente que estos reflejos no se limitan a lo visible. Si el color elegido para el salón o el dormitorio puede revelar algo de los gustos y la personalidad del habitante, las varillas no se detienen ahí. La Presencia que guía el proceso se esfuerza por responder de inmediato a la petición concreta de quien consulta.

En una armonización, por ejemplo, una joven planteó como tema sus problemas de pareja. Se preguntaba sobre el futuro de la relación, aunque su compañero no estaba presente ese día. Después de algunas detecciones que la vinculaban a la relación con su padre, las varillas señalaron un rincón del salón donde un sofá bloqueaba el paso. Allí aparecieron... un par de calcetines. La joven cambió de expresión y confesó que los había escondido allí justo antes de nuestra llegada. Añadió: «Llevé este par de calcetines la primera vez que hice el amor con mi compañero». El símbolo era tan claro que el Alma del lugar la condujo directamente al núcleo del problema, sin rodeos: debía hablar de su relación de pareja, que en realidad ya no la satisfacía.

Este tipo de detección siempre nos deja asombrados por la pertinencia de los mensajes, que van directo al punto esencial. Más allá de la pregunta, aún sin respuesta, sobre «quién habla a través de las varillas», resulta sorprendente comprobar hasta qué punto todos nuestros conflictos encuentran eco en nuestro lugar de vida. En el ejemplo anterior, ¿por qué precisamente esa mañana estaban esos calcetines escondidos allí? ¿Por qué la joven los había arrojado detrás del sofá? ¿Y cómo sabía el Alma del lugar que descubrirlos la obligaría a hablar de su sexualidad?

Con la práctica (y como veremos en detalle más adelante) fuimos comprobando que incluso las memorias familiares y la información kármica de un habitante podían revelarse simplemente armonizando un apartamento.



Nuestras proyecciones sobre el entorno son infinitas, reflejo de la voluntad de nuestra conciencia (el alma) de experimentar siempre más y más lejos.

Síntesis

Nuestros sentidos nos hacen creer que estamos separados del universo. ¡Nada más lejos de la realidad! Estamos inmersos en él y también en nuestro propio universo.

Las armonizaciones hábitat-habitante hacen conscientes las interacciones que existen entre nuestra percepción —lo que llamamos «yo»— y esos universos.

Es actuando sobre estas interacciones como podemos modificar los factores que nos incomodan.
